



No hay eficacia revolucionaria, porque la «Gaceta es un concepto y una práctica del poder, contra-revolucionario en su principio» (Jean-François Lyotard).

No se busca, entonces, la eficacia de saber que conduce a compilar una posibilidad de futuro acortado. El hecho mismo de enunciar aquí los postulados de lectura que hay en el Quijote debe conducir a nosotros los apasionados de una obra en la cual la fuerza reside, justamente, al lado opuesto de lo cristalizado que todo discurso racional, eficaz, mayor, busca establecer. Más bien, un material «sólido» que un análisis terminado.

El Quijote es, por su naturaleza misma, un lenguaje polimórfico. Se trata, entonces, de formar parte de ese acontecimiento una vez que, al mismo nivel que obra, sea más bien una presencia. Porque siempre será mejor la duda en vez de la certeza, la respuesta provisoria en vez de la definitiva, los medios más que el fin. Siempre será mejor, en fin, el hacer en vez de la línea.

Pero, ¿qué comenzar con una idea tan próxima a la elaboración de una teoría en vez de ser el Quijote y salir a «destacar esfuerzos»? Tal vez sea para mejor desahuciar en una esfera donde la teoría no es más que voluntad arbitraria, especie de expansión horizontal, argumento prefabricándose a sí mismo como vacío, como ausencia. Porque el Quijote es el espacio más de un código que se quiere leer; totalizador de todas las formas de una producción de series internas y posibles de ser recordadas por la disposición misma de las series en su visión calificada. Pero, hay algo que no marcha en la selección que este discurso quiere hacer: una similitud en el reverso, una dispersión del poder que al principio produce la impetición.

1 Dos veces personaje novelesco

El discurso de un saber leído se transforma en discurso de un saber inscrito, dinámico de su objeto, perdido en devoción y movimientos que no llegan a ninguna parte, pero que construyen la significación de ser, todavía, arquitectónica. El discurso de este discurso es la experiencia de no poder reconocerse a sí mismo, de enfrentarse como si fuera otro.

El enunciado se opone a la demostración, la teoría y aquel que la sostiene. En ese instante, el caso deslizado al interior de la máquina produce la búsqueda infructuosa del discurso de su identidad como discurso. Cuando la teoría deviene insostenible no es un reposo el que produce el cambio; tiene en la crítica, tradicional, sino que un desplazamiento. Lo insólito se desliza en la normalidad y la cambia, desplazándola. Es una ruptura la que se produce, pero inevitable. Una ruptura que cambia la esencial del acontecimiento transformándolo en para acontecimiento. Es insólito porque el acontecimiento se produce de manera silenciosa, infiltrándose como si se tratara de algo escondido: no es más que un deslizarse de un momento en otro, pero como diferente.

El Quijote es la figura de esta ruptura, de este quebrar: es la expresión de una fuga al interior de un sistema de códigos que es el nuestro; si tiene curvas y grandes palabras es para inventarlas en la inocencia. En una especie de eficacia de la ineficacia del otro lado de la utilidad.

El Quijote es el enunciado por excelencia, y como tal, describe y mueve de todo libro. Todo es posible para él (en el enunciado), pero nada marcha (en la demostración). La realidad no es más una sola sino que deviene el espacio donde toda lectura es polimórfica. Especie de fatálidad en el hecho que empuja al Quijote a hacerse don Quijote: la lectura de una lectura (don Quijote de caballería).



El Quijote: una política de enamorado

CRISTIAN VILA

Vencedor porque es vencido y alto porque cae, el Quijote polisémico nunca deja de provocar lecturas y de despertar evocaciones como si sus sueños se cumplieran en ello. Por fidelidad al amor.

¿Suprema sabiduría y amor de Cervantes al hacer al Quijote dos veces personaje novelesco? El está ya en la novela cuando lee y lo devota totalmente cuando pasa al acto: quiere ser como los personajes de sus lecturas y postula la realidad de sus lecturas siendo la expresión «correcta» de éstas. La ficción deviene realidad: ora y la realidad no sería más que pura ficción, más que máscara para engañar al sentido de esta misma realidad que el caballero anhela la develado. Desde ese momento, entonces, nada más que multiplicación: sólo paralelos, sólo monótonos.

Nada de territorialización, tampoco, en el Quijote: él es caballero andante. Andante, es decir, en movimiento perpetuo, en desplazamiento permanente. Y aunque se reconoce de un lugar definido, dicho lugar no es más que pura forma: poco importa su existencia real. En ese sentido, también, hay que considerar que la Mancha es aquí menos importante que la blanquitud. Ella es el verdadero «lugar» de donde el Quijote viene: el amor es aquel, como realidad en sí misma, el lugar. Pero la blanquitud no existe más que como evocación que permite la continuación de esta errancia y más aún ella es motivo de errancia.

El Quijote, una política de enamorado [artículo] Cristián Vila Riquelme.

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Quijote, una política de enamorado [artículo] Cristián Vila Riquelme.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile